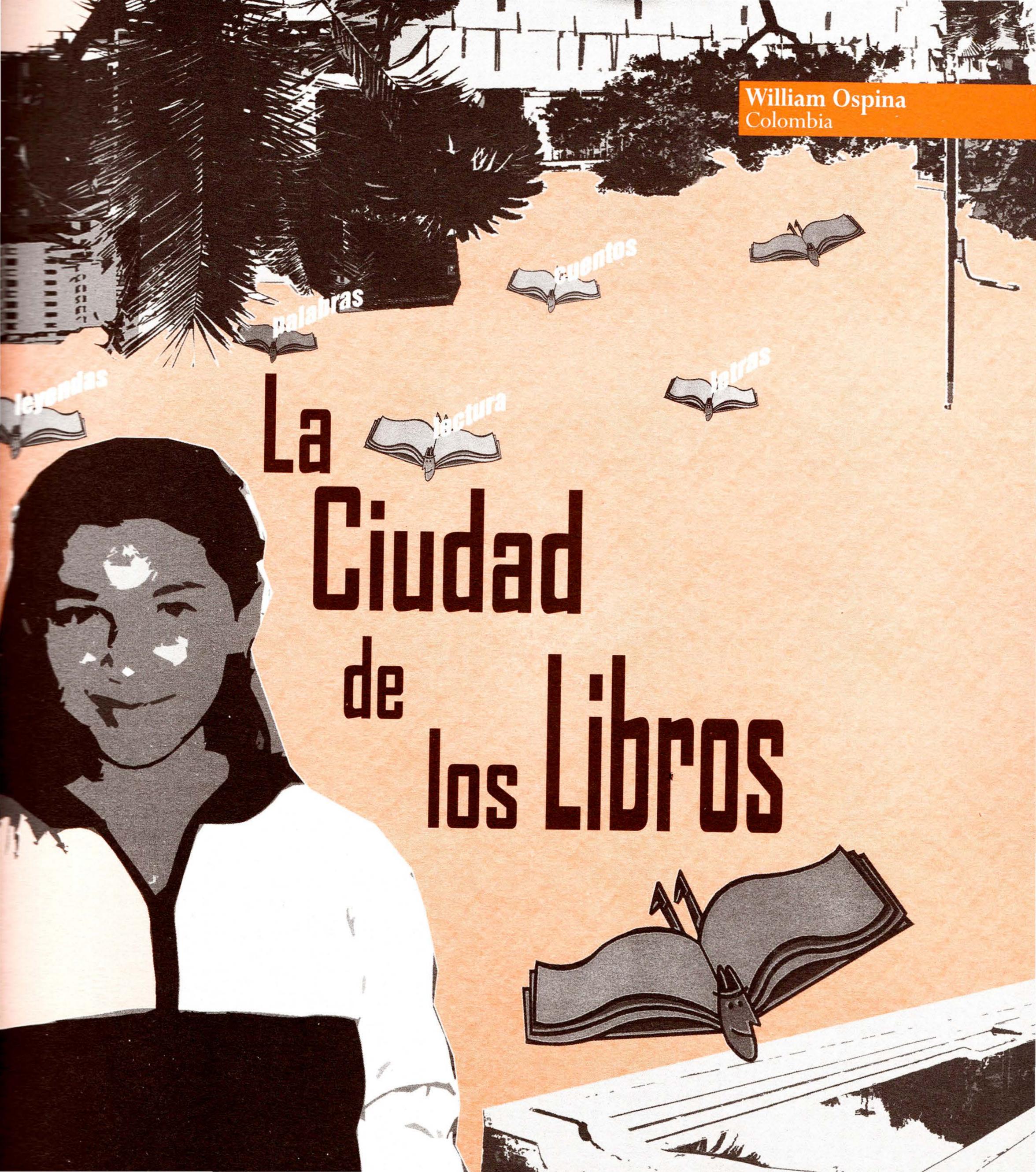


William Ospina
Colombia



La
Ciudad
de
los Libros



Resumen Abstract

Este sugestivo texto, producto de una conferencia magistral que el escritor William Ospina ofreció el lunes 16 de abril de 2007, en el marco de “Cátedra de Pedagogía” y “Bogotá capital mundial del libro”, maravilla por diversas razones; quizás la más clave sea el rescatar al lector como autor. Para ello hace un paseo por textos, lugares y obras de la tradición literaria que le permiten mostrar cómo en ese circuito de texto-lector-autor(es) las palabras cumplen a cabalidad su oficio: a la vez que las generamos ellas nos crean, recrean y conducen una tras otra por reinos no imaginados, más allá o más acá de las seductoras imágenes de ésta época con su intento por agotar el sentido y a los lectores.

Palabras Clave

Imaginación, lectura, libros, palabras, arte de leer, fuerza expresiva, capacidad de conmover

The city of the books

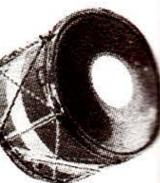
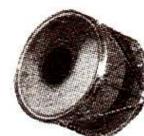
This is the transcription of a master lecture given by William Ospina on Monday April 16, 2007 as part of the events “Cátedra de Pedagogía” (Chair of Pedagogy version 2007) and “Bogotá capital mundial del libro” (Bogotá World Book Capital). This lecture reclaims the writer as reader. The author promenades in classic texts, places and titles which allow him to show how in the cycle text-reader-author, words meet their purpose: We produce them and they concurrently create and recreate us; they lead us to unreckoned realms off today’s seductive iconography with its attempt to exhaust both meanings and readers.

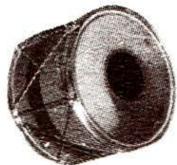
Key Words

Imagination, reading, books, words, art of reading, expressive strength, ability to move

William Ospina

Nacido en 1954, en Padua, Tolima, en los Andes colombianos. Ha publicado varios libros de poesía y ensayo. En 1992 ganó el premio nacional de poesía del Instituto Colombiano de Cultura con el libro “*El país del viento*”. En 2003 obtuvo el premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas por su libro “*Los nuevos centros de la esfera*”. Entre sus obras se cuentan: “*Es tarde para el hombre*”, 1992; “*¿Dónde está la franja amarilla?*”, 1996; “*Las auroras de sangre*”, 1999; “*La decadencia de los dragones*”, Alfaguara, 2002; “*América Mestiza*”, Aguilar 2004. Reunió todos sus libros de poemas en el volumen “*Poesía 1974-2004*” de ediciones Arte Dos Gráfico. Es socio fundador de la revista Número.





El tema “*La ciudad y los libros*” es básicamente una reflexión sobre la lectura y sus implicaciones. Hay un momento irónico en el Hamlet de Shakespeare -cuando Polonio encuentra a Hamlet leyendo y le pregunta “¿qué lees Príncipe?” y Hamlet le contesta “palabras, palabras”-. Uno de los secretos de Hamlet es que siempre dice la verdad y al mismo tiempo siempre miente. Y en este caso no es diferente, Hamlet dice la verdad cuando afirma que está leyendo sólo palabras porque de palabras está compuesto todo libro, pero es una ironía porque Hamlet sabe que un libro es mucho más que una colección de palabras.

Cada vez estoy más convencido de que el secreto de crear lectores consiste en leer en voz alta. Leer no es una técnica sino un arte. Muchos confunden la capacidad de deletrear, de encadenar las sílabas, de descifrar un texto, con el arte de leer, pero la lectura verdadera consiste en extraer toda la carga de emoción, de sentido, de sensibilidad, de imaginación, de ritmo, que hay en un texto y por eso los más ricos son precisamente los textos literarios.

Toda lengua es inicialmente un ejercicio de sonidos y su origen se confunde con la música. La escritura es la invención tardía, ya que toda escritura consiste en dibujar sonidos. Por eso sentimos que todo texto y principalmente todo poema quiere ser dicho en voz alta, como si nos estuviera recordando que sólo cuando se escucha su sonido se está captando plenamente su significación. No pretendo negar que se pueda leer mentalmente. Afirmando que esa lectura mental sólo es posible después de que hemos aprendido a leer y a deleitarnos con el sonido de las palabras. Es imposible aprender a leer sólo mentalmente.

Por ello mucho antes de la técnica de descifrar la escritura somos criaturas orales y se equivocan los que piensan que la tradición oral es una etapa superada de la cultura, que ahora estamos en la época de la memoria escrita. Esas dos tradiciones la oral y la escrita se complementan y no podemos denunciar ninguna de las dos ya que siempre se necesitará del sonido de las palabras para cruzar a cabalidad el placer de la lectura. Ello es comprensible la humanidad aprendió a hablar milenios antes de aprender a escribir. Toda la humanidad habla y sólo unos cuantos seres humanos se dedican a la escritura como actividad fundamental.

Escribimos más para habladores que para escritores. Y los más grandes autores de la historia son aquellos que estuvieron en contacto con su público a través de la lengua hablada, ya fuera en el campo de la poesía épica que se declamaba ante auditorios, de la poesía de los trovadores que se cantaba en los patios, en los castillos o del teatro, la poesía representada ante numerosos públicos. Quiero decir que autores como Homero, Sófocles; como Shakespeare, Oscar Wilde o

Bernard Shaw, estaban en contacto continuo con un público, lo hacían vibrar al ritmo de sus creaciones y se alimentaban de su lenguaje y le destinaban sus obras.

Otra clase de autores que también tienen una relación cercana con su público son los que ejercen el periodismo. Por su necesidad de ser leídos cotidianamente tampoco pueden olvidarse del lenguaje que habla la comunidad. Tolstoi, corresponsal de la guerra de Crimea, Dickens, autor de novelas por entrega, estadígrafo y redactor de diarios en el orden del siglo XIX, Chesterton agudo columnista en la prensa inglesa de la primera mitad del siglo XX, Porfirio Barba Jacob incansable fundador de periódicos y redactor de prensa de siete países o Gabriel García Márquez, cuyas obras siempre tienen un sabor de noticia y de crónica, son ejemplo de cuánto le conviene a la escritura literaria una relación cercana con la vida diaria y con el lenguaje de los lectores.



Yo tengo el temor de que una literatura que se aleje demasiado del lector y de la lengua hablada, corre el riesgo de perder su fuerza expresiva, su capacidad de conmover y crear estados de ánimo y a su vez tiende a convertirse en una literatura demasiado cerebral, demasiado personal, demasiado autista. A veces leyendo las obras de los poetas vanguardistas, a los que les importa demasiado romper con la tradición e innovar, temo que pierdan lectores porque se extravían demasiado en algunos acentos personales y se olvidan no sólo del gran caudal de la lengua hablada, sino de la entonación, del ritmo y de las funciones de sus lectores.

Dicen que todo comenzó con el canto y con la plegaria y que todo continuó con el cuento. Es fácil creer que los primeros sonidos que articulamos estuvieron hechos para responder a los peligros del mundo, ya fuera en forma de conjuros, talismanes verbales para propiciar el buen rumbo de nuestras actividades, amuletos de palabras para protegernos de la adversidad, en salmos propiciatorios y de actos de gratitud. Rainer Maria Rilke decía que el papel del poeta consiste en celebrar y su maestro Greeslib Gelberling sostenía que la poesía nació para celebrar lo que existe, para asegurar la permanencia de lo esencial y para tratar de descifrar su sentido. Es posible que los primeros poemas que hicimos los humanos fueran oraciones. Hay un parentesco con la poesía en el hecho de las oraciones quieren ser dichas también en voz alta. Yo no soy católico, pero no ignoro que uno de los más hermosos y misteriosos poemas de la historia es el Padrenuestro, la oración que enseñó Jesucristo a sus discípulos. Y bien dijo Borges que sólo Whitman y Francisco de Asís habían logrado el prodigio de hacer lo que los demás sólo intentamos, un poema perfecto. La Oración de la Paz de Francisco de Asís y Las Hojas de Hierba de Walt Whitman son himnos de gratitud y ejercicio de aprobación de la vida, verdaderamente extraordinarios.

Existe pues, en todos nosotros, la necesidad de celebrar y de agradecer, de hacer invocaciones y de expresar sentimientos. La necesidad de hacer caber todas esas cosas en una armonía. Existen en todos nosotros necesidades musicales. Por eso lo primero es el poema. Pero existe también en nosotros una necesidad de historia, de relato, de cuentos; pocas cosas nos agradan más que esos comienzos legendarios "este era un rey que tenía tres hijos..." o "Había una vez en una región muy distante..." o "Voy a contar una historia de pasión y de muerte". ¿Qué será lo que nos cautiva tanto de esos comienzos? Lo cierto es que no hay ser humano que se resista a la promesa de un buen cuento y lo que buscan humildemente nuestros chismes, nuestros rumores, las noticias de la radio o de la televisión, las conversaciones domésticas sobre viejos sucesos familiares, es acuñar esas historias breves y condensadas que parecen convertir la realidad en fábula, la historia en leyenda y nuestra vida cotidiana en un sueño. De manera que el cuento es lo segundo y tanto los poemas como los relatos han acompañado a la humanidad a lo largo de toda su historia.

Esos dos géneros tienen la característica de que no siempre podemos identificar a sus autores. Cuanto más antiguo es un poema o un cuento, tanto más difícil es saber quién lo inventó. Muchos de los grandes poetas de la antigüedad ahora son más bien figuras míticas, máscaras legendarias de seres perdidos o el nombre que le damos a legiones de creadores que inventaron y cubrieron los versos. Homero, el padre de los poetas de occidente, puede no haber existido jamás. Puede no ser más el nombre que le damos a una legión de poetas y de rapsodas que fueron amonedando en versos maravillosos los episodios de la guerra de Troya y entreverándolos con leyendas de la mitología o que fueron puliendo en la memoria de muchas gentes los relatos del regreso de los guerreros a sus tierras de origen después de una guerra muy cruel y las dificultades que tuvieron que sortear por los caminos. La primera característica de la guerra de Troya es que ocurrió muy lejos, la segunda que duró mucho. El pueblo griego no la vivió; sólo los guerreros, muchos de los cuales murieron en ella. Así que para vivir la guerra, la sociedad griega necesitó de unos relatos. Ellos llevaron a casa la guerra que libraron otros hombres muy lejos; explicaban la ausencia de los guerreros y por qué habían tenido que padecer tan largo exilio.

Esa es una de las claves de los relatos: la necesidad de traer a nuestro presente, historias que no hemos vivido pero que nos ayudan a entender nuestra vida. Dice Mario Renau que del asombroso cortejo fúnebre de Alejandro magno, cuyo cadáver fue llevado desde Babilonia hasta El Cairo por siete ejércitos en un coche adornado de oro y arrastrado por mulas que iban coronadas de diamantes, un cortejo en el que desfilaban centenares de elefantes de la India, de dromedarios de Eipatana y Arabia y en el que iban enlutados muchos reyes de Asia, príncipes de Egipto y generales macedonios, que de ese cortejo que recorrió medio mundo y que acudían a ver con sus familias las personas de todas las provincias, nacieron leyendas que durarían mil años. Pero la verdad es que todo hecho importante de nuestra vida aspira a convertirse en un relato y pocas cosas causan tanto agrado como oír una buena narración de un hecho histórico o de un acontecimiento familiar.

Pero uno de los papeles importantes que cumplen los relatos es que desde siempre le han enseñado a la humanidad a conmoverse con cosas que le ocurrieron a otros. Y eso me parece una gran labor de civilización. Yo diría que la civilización no comienza cuando somos capaces de compadecernos de lo que le ocurre a nuestros vecinos o a nuestros hermanos, sino cuando somos capaces de conmoverlo o de exaltarlo con cosas que le ocurren a seres desconocidos o de tierras muy lejanas.

Quiero volver a Homero para señalar que tal vez lo hermoso que tiene la *Ilíada* es que a pesar de ser un poema griego, sus más indudables héroes son sus enemigos los troyanos y sobre todo Héctor, que defendió a Troya de la invasión de los griegos y murió protegiendo a su familia y a su patria con gran nobleza y mucho valor. Ninguno de los héroes griegos lo iguala en abnegación y en lealtad y sin embargo es el enemigo. Yo diría que en ese momento, en que alguien es capaz de cantar el valor, la abnegación y la grandeza de un enemigo, en ese momento comienza la civilización.

Tal vez a eso aludía Cristo cuando invitaba a la humanidad a algo tan difícil, cómo ser capaz de amar a los enemigos. Y con ello quiero llegar a otro tema: todos necesitamos poemas y cuentos. Todos necesitamos la belleza de las músicas verbales y de los relatos, pero también todos necesitamos que a través del lenguaje la vida se enriquezca de preguntas, de reflexiones, de emoción, de fantasía y de asombro. Todo eso lo brinda la literatura. En primer lugar la literatura oral, las oraciones, los poemas y los cuentos, pero también por supuesto, la literatura escrita, ese universo de textos que llenan las bibliotecas y que nos permiten viajar, explorar mundos desconocidos, entrar en el alma de otros seres humanos, vivir emociones inesperadas, vivir los peores horrores y las mayores maravillas, presenciar actos de santidad o de amor, atrocidades y vértigos, sin movernos de nuestro sitio.



Después de esos géneros de origen oral, el poema y el relato, que estuvieron con la humanidad desde el comienzo, hay otros géneros que nacieron específicamente con la escritura y que son típicos de la modernidad: el ensayo y la novela. En ellos sentimos menos el rumor de la comunidad y mucho más el ejercicio de una voz personal, de una capacidad de reflexión, es la manera como la escritura potencia en los individuos la capacidad de armar y articular vastas historias. Un libro como el de *Ulises* de Joyce habría sido imposible en una tradición meramente oral. Requiere demasiada erudición personal, la experiencia de una vida en relación con el lenguaje y con el mundo.



Pero la verdad es que hay muchas cosas que la humanidad ha adquirido a lo largo de la historia, que no eran dones originales sino que son fruto de sus propios métodos como la escritura, por ejemplo, y ya no resulta concebible que nuestra especie pueda renunciar a ellos. La posibilidad de desarrollar reflexiones personales no especializadas, ejercicios de sensibilidad frente al pensamiento, sobre todo los temas imaginables, la posibilidad de escribir ensayos, es una de las más apreciables conquistas de los siglos de siempre. Y la humanidad cada vez los lee más y hoy la novela se ha convertido más que un género literario en el extraño y fascinante lenguaje de la época que parece absorber a todos los otros géneros. Hace siglos, para relatar su historia maravillosa del anillo mágico que hay que destruir, Tolkien habría escrito un poema épico, en nuestra época prefirió la novela. Hace siglos Marguerite

Yourcenar, deseosa de reconstruir la vida del noble emperador Adriano habría redactado una biografía. En nuestra época optó por la novela. Hace siglos el gran James Joyce, empeñado en escribir el gran libro de la ciudad moderna, un libro en el que cupieran las calles, los destinos, las resonancias históricas, la vasta y vaga acumulación del pasado y su gravitación sobre un día del presente, habría escrito un ensayo enciclopédico. En nuestra época no pudo resistir a la tentación de hacer una novela. Una silla no es más que una silla. Una rosa no es más que una rosa, pero un libro es siempre mucho más que un libro. Mucho más que un objeto hecho de hojas que se pueden pasar y en el que hay impresos unos caracteres. Un libro puede ser viajes, crímenes, descubrimientos, guerras, incendios, amores inolvidables, naufragios, milagros, espantos, semanas enteras de vélelas, de terror o de sabiduría.

Digo que para formar lectores es necesario que se lea en voz alta, porque sólo el ejemplo y la entonación nos enseñan a extraer todo el jugo de sensibilidad y de emoción que hay en los textos. Por supuesto que hoy es leer bien un poema, ver una representación teatral, ver una buena película, son caminos que nos aproximan a la lectura, pero tal vez el ejemplo directo, cálido e inmediato es insustituible en esa tarea. Algunos piensan que es algo que se debe hacer principalmente con los niños y algunos piensan con tristeza que, si no recibimos esa lección en la infancia ya estamos perdidos para la lectura. Pero si algo logra muchos poemas y muchos relatos es devolvernos al asombro de la infancia, de manera que puede decirse que al menos en cierto sentido esencial, a la hora de aprender a leer todos somos niños y que de eso puede vivirse a cualquier edad. Cuando a Marguerite Yourcenar ya a los ochenta años, le preguntaron en qué edad se sentía, respondió con una sonrisa: yo diría que en una perpetua infancia.

Aunque he dicho que no soy cristiano, porque me parece que esa es una filosofía muy exigente, en términos de justicia y generosidad y hasta ahora no me siento digno de afirmar que profeso esa disciplina del amor, del perdón y de la humildad, ocurre, que en estas reflexiones, Cristo se me aparece a cada rato. Recuerdo esa sentencia suya que dice que el que no se convierte en un niño no entrará en el Reino de los Cielos. Pues bien, podemos parafrasearlo y decir que el que no se convierte en un niño con su capacidad de asombro y de juego, de creer en lo increíble, no entrará el reino de los libros, en la gran biblioteca universal donde

nos esperan algunas de las horas más bellas de nuestra vida. Y estoy lejos de pensar que la vida deba dedicarse exclusivamente a leer. En este mundo hay muchas cosas estupendas y la lectura es sólo una de ellas. Pero tal vez tiene la ventaja de que es una experiencia que puede hacer más intensas y más profundas muchas otras experiencias humanas.

Me atrevería a decir que ¿leer es mejor que ver televisión? Claro que sí. Leer es mejor. Porque leer es una actividad creadora y ver televisión no siempre lo es. Durante un breve tiempo, durante la hora y media que dura una película y si la película es buena, ver televisión puede ser un ejercicio creador, pero el que ve televisión por horas, muy pronto se convierte en un ocioso receptor de informaciones que ni siquiera se procesan y por eso la extraña sensación de vacío que uno tiene cuando lleva varias horas en este mismo ejercicio.

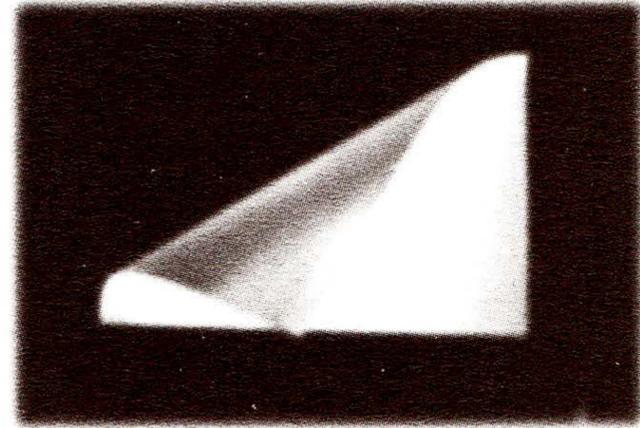
Voltaire decía que la mejor forma de ser tedioso es decirlo todo. Y ese es tal vez el problema de la televisión, que nos da todo, que no deja nada a la imaginación, a la creatividad personal. Nos da las palabras, los escenarios, los gozos y las acciones. En una película todo logra ser controlado para que aportemos sutileza, emoción y sentido, pero en esos largos e inútiles programas que ni siquiera tienen la tentación de ser arte, que no son más que absurdas mercancías para llenar el tiempo ajeno, no se articula tan delicadamente el juego con nuestras facultades, se nos invade con trivialidades y torpezas sin el menor contenido artístico y a veces sin la menor preocupación estética.



Lo mejor que tienen los libros es que confían en nosotros. Nacen de la convicción de que somos capaces de crear historias a partir de los que ellos, una serie de signos sobre un fondo blanco y somos nosotros los que ponemos la música. Es bueno decir, en homenaje nuestro, que un buen lector es como un exquisito intérprete musical, como un pianista o un violinista que es capaz de convertir en sonidos gloriosos los himnos inmóviles que hay sobre la página. Cuando cerramos el libro recordamos los barcos, los caballos, los castillos, los tesoros, las doncellas suspirando en los balcones, los enamorados que escalan esos balcones colgados de las enredaderas, recordamos las batallas, las lanzas perforando los techos, los coches hundiéndose en el abismo, los incendios, los asesinatos, los tigres; pero lo más asombroso es que en el libro no había nada de eso. En el libro había letras y palabras; nosotros no recordamos letras y palabras, no recordamos una página impresa, sino una sucesión de aventuras y de desventuras, de personas, escenarios, objetos y acontecimientos. No recordamos las palabras sino lo que las palabras contienen.

Y así nos contó Borges en sus versos el argumento de ese diálogo del griego: si como el griego afirma en el Cratilo, el nombre es arquetipo de la cosa, en las letras de rosa está la rosa y todo el Nilo en la palabra Nilo. Leemos la prosa, pero no recordamos las cuatro letras en tinta negra, sino los pétalos rojos, rosados, temblando y armando en el jardín o en la mano de una muchacha. En ese momento estamos a punto de comprender el secreto del lenguaje, ese invento abstracto que no sólo copia al mundo sino que a veces parece remplazarlo. Yo no sé si en el mundo las palabras son las cosas, pero sí sé que en la ciudad de los libros se cumple plenamente esa fantasía platónica porque en un poema, en un cuento, en el maravilloso abismo de un libro, las palabras son las cosas. Vemos las palabras y somos nosotros los que les prestamos su sentido. Por eso el lector tiene derecho a decir que en gran medida es él, quien ha inventado el libro que está leyendo, ya que es él quien aporta los caballos, los rostros, los atardeceres. El libro dice la ciudad pero es nuestra memoria, nuestra fantasía, nuestra sensibilidad, la que pone casas y calles, torres y semáforos, autos, rascacielos, policías y mendigos, vitrinas y luces y muchedumbres.

La literatura es un gran acto de colaboración que sólo se cumple si hay un autor y un lector. Y cada uno provee una parte fundamental del acontecimiento. Sin la imaginación del autor no hay historia, pero sin la memoria y la imaginación del que escucha o del que lee, lo escrito sería letra muerta, un objeto inmóvil en un estante. El libro sólo se anima cuando alguien lo abre, sólo empieza a hablar cuando lo invocan; libera sus tesoros sólo cuando alguien sabe despertar la magia escondida. Y también es por eso que en manos de quien no ha aprendido la destreza de leer, el arte de leer, un libro es sólo lo que Hamlet decía: un montón de palabras, uniformes, quietas, fatigantes, que forman líneas rectas sobre una página. Para el que no ha sido bendecido por la vida con la magia y la pasión de leer un libro, es sólo palabras, palabras, palabras. Para quien capta la belleza del lenguaje, la fuerza de las imágenes, la nobleza de los pensamientos, el asombro de las fantasías, la emoción de las historias, la vida de los personajes, un libro es tan vasto como una ciudad, tan misterioso como un ser humano, tan intenso como una vida. Y tiene una ventaja adicional,



en estos tiempos en que se finge que se inventan tantas cosas para hablar con los demás, para comunicarse con los demás, en esta época en que miente el que dice que estamos muy comunicados, sólo porque nos decimos a través de aparatos las mismas cuatro frases en todos los tonos, los libros son instrumentos para comunicarnos con nosotros mismos, a interrogarnos, a descifrarnos, a plantear nuestras preguntas, a resolver nuestras incertidumbres, a acercarnos a nuestro secreto escondido.

Tienen razón quienes dicen que un libro es un amigo, porque entre todos los libros que existen a cada quien lo está esperando ese amigo único con el que podrá hablar de todas las cosas, incluso de las más escondidas, de las más inquietantes, de las más poderosas que uno haya querido hablar jamás. Eso es algo que no sabe hacer un televisor. Un libro está compuesto de una sola sustancia. Está lleno de un solo texto y se confunde con él. Un televisor es una cosa en donde todo ocurre y todo pasa. Es menos que un espejo. Recuerdo que un poeta dijo hablando de los espejos: todo sucede y nada se recuerda en esos gabinetes distántinos. Pero al menos la imagen del espejo somos nosotros mismos; nos obliga a vigilarnos, a pensarnos; nos muestra cómo enfermamos, cómo envejecemos; es una respuesta muy franca al ser que lo interroga. El televisor puede seguir hablando sin nosotros, lo siguen nuestros ritmos, nos impone el suyo y cuando nos descuidamos sigue hablando para nadie.

En lo fundamental la televisión tal como hoy se la vive está hecha para el olvido. No dialoga con nosotros sino que impone el lenguaje estereotipado, plano y repetitivo. Cada libro en cambio, es un mundo distinto y dialoga con cada uno de sus lectores y le dice a cada uno cosas que no podría decirle a los demás. En definitiva lo que recordamos de los libros es secretamente lo que somos. Hay una escuela filosófica, el empirismo, que sostiene que el universo es fruto de nuestra percepción. Que si vemos las cosas es porque ellas emanan de nosotros. Un escritor francés Leon Poia, llegó a decir alguna vez, *“si yo veo la vía láctea es porque ella verdaderamente existe en el angú”*. De acuerdo con esa filosofía, cuando llegamos a una ciudad estamos inventándola. Y un famoso escritor jugando con esa idea, cuando vio por primera vez a Nueva York, se volteó hacia la persona que lo acompañaba y le dijo: qué bien me quedó ¿verdad? Esa teoría que es indemostrable y paradójica en el mundo físico, es en cambio rigurosamente verdadera en la ciudad de las palabras. El que pronuncia una frase de Shakespeare, dijo Borges, es literalmente shakespeare. Y el que lee una obra de cualquier autor, se conmueve y recuerda los sentimientos, los paisajes, los personajes y las maravillas de la obra, puede perfectamente exclamar sin faltar a la verdad: ¡Qué bien me quedó!

